

Sentido de pertenencia y tradición

*El cristiano, desde
el bautismo, es
pertenencia
de la Trinidad. Al
decir
“yo te bautizo en el
nombre del Padre,
del Hijo y del
Espíritu Santo”, lo
que se dice
es “quedas
consagrado,
entregado al Padre,
al Hijo
y al Espíritu”, eres
pertenencia
de la Trinidad.*

*P. Carlos
Palmes, sj*

En los 19 años de funcionamiento del Curso Internacional de Formadores de Cochabamba han pasado más de 800 religiosas y religiosos. Cada año participan un promedio de 35 a 40 Institutos diferentes. Un momento que todos esperan es el de poder exponer el propio carisma, su espiritualidad, su historia, sus obras apostólicas, la personalidad del Fundador o Fundadora.

Es una experiencia gozosa. Lo que más sobresale es la ilusión con que lo preparan, el entusiasmo con que transmiten la vivencia de su familia religiosa. A veces, al hablar de sus fundadores hasta se parece a una “cariñosa idolatría”. Esto es muy buena señal porque indica la satisfacción de pertenecer a su Instituto y de poseer ese “tesoro de familia”, de haber incorporado a su persona esos rasgos peculiares del seguimiento de Cristo.

Podemos partir de este hecho para describir lo que es la pertenencia. Los diccionarios dicen que “es la acción o derecho que uno tiene a la propiedad de una cosa” “Es el espacio o término que toca a uno por jurisdicción o propiedad”. Pero en ellos se habla de pertenencia o propiedad sólo sobre cosas. Nosotros en cambio, hablamos de pertenencia de personas y en un sentido teológico, y no porque lo declare una ley, sino por la entrega voluntaria que hace uno de sí mismo.

La Fuente de la pertenencia: consagración bautismal y consagración religiosa

El cristiano, desde el bautismo, es pertenencia de la Trinidad. Al decir “yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, lo que se dice es “quedas consagrado, entregado al Padre, al Hijo y al Espíritu”, eres pertenencia de la Trinidad. Es una consagración que no se realiza en un instante, sino que hay que ir asumiéndola voluntariamente a lo largo de toda la vida. Y con el bautismo se entra a formar parte de la comunidad de los creyentes, que es la Iglesia, para vivir desde ella la consagración bautismal.

Y al pronunciar los votos religiosos lo que se ofrece no es sólo el compromiso de vivir pobre, casto y obediente, sino toda la persona con todas sus relaciones, en una actitud interior de entrega incondicional por amor. En realidad la pertenencia es mutua, es una alianza por la que el bautizado se entrega a Dios y Dios se compromete a acompañar amorosamente al cristiano. Es como un “matrimonio” en que ambos se dan en mutua posesión y pertenencia. Como dice Pablo: “La esposa no dispone de su propio cuerpo: el marido dispone de él. Del mismo modo, el marido no dispone de su propio cuerpo: la esposa dispone de él”, es su pertenencia. (1Cor 7,4).

Por la consagración religiosa la persona se entrega a Cristo-Esposo, ratifica y profundiza la primera entrega y pasa

a ser pertenencia de Cristo. Por los votos se realiza lo que en el matrimonio se simboliza: la Iglesia-Esposa se entrega a Cristo-Esposo por amor. La Iglesia no son las paredes, sino las personas que la constituyen. La religiosa, el religioso pasa a pertenecer a Cristo como Esposa y a poseer a Cristo como Esposo.

Pero esta entrega mutua se realiza desde un determinado Instituto que tiene un determinado carisma y una tradición y una historia y un modo determinado de proceder. Es decir, se realiza desde una comunidad de creyentes consagrados. La pertenencia a Dios es también pertenencia a la Comunidad-Instituto.

Identidad y pertenencia

Hay una íntima unión entre identidad y pertenencia. Es imprescindible tener claros los elementos que constituyen la identidad para que sea posible la pertenencia a ella. No se puede hablar de pertenencia si no existe un punto común de referencia. Se requieren unos cimientos firmes y unas columnas sólidas aceptadas y vividas por todos los miembros del Instituto, tener claras las líneas fundamentales del propio ser que expresan la identidad y la pertenencia de todos.

Al entrar en la vida religiosa cada sujeto recibe en herencia el patrimonio del Instituto que le transmite el carisma y la tradición o historia vivencial. Des-

de el principio procura asimilar y sumergirse en el espíritu propio del Instituto hasta hacerlo carne de su carne, alma de su vida. Durante la formación se va adentrando en ese mar sin fondo que es el misterio de Dios en una faceta peculiar que es resaltada por el carisma o primera intuición del Fundador o Fundadora. El carisma propio es lo que constituye el carnet de identidad del Religioso, de la Religiosa de un Instituto. Es el núcleo central inmutable, que se tiene que vivir en cualquier parte del mundo. Es inmutable, pero vivo y ha de traducirse a los diversos tiempos, lugares y culturas.

Luego ya no se puede concebir la vida fuera de esa atmósfera vivificante. El carisma le pertenece y es parte de su personalidad, y él pertenece a la comunidad portadora del carisma. Hay, pues, como una simbiosis y una mutua pertenencia: el carisma del Instituto pertenece al Religioso, Religiosa y el Religioso o Religiosa pertenece a la Comunidad-Instituto.

Por eso, lo que más impide vivir la pertenencia es la pérdida o difuminación de la identidad. La gran crisis de

la vida religiosa en los años inmediatos al Concilio no fue tanto por la proliferación de problemas afectivos o el cambio de estructuras o la mecanización infantil de la obediencia. En el fondo fue crisis de identidad, no saber qué somos, qué queremos, a dónde vamos. Cuando se desmorona la identidad, la vida religiosa pierde sentido. Y no se puede pedir a una persona que entregue su vida por una causa que no le dice nada.

Comunidad y pertenencia

Además de la vivencia de la identidad, la pertenencia evoca a la comunidad, a las personas con las que se comparte la misma vocación. En este caso la pertenencia exige compartir el mismo ideal, sentirse parte integrante de una misma familia. No se concibe vivir la pertenencia sin compartir con los compañeros; compañeras de camino, las ilusiones y los proyectos, las vivencias personales, los tropiezos, las esperanzas.

En otros tiempos en cierto modo era más fácil vivir la pertenencia porque en todos los Institutos había uniformidad, las estructuras eran rígidas e inmutables en cualquier parte del mundo. Daba lo mismo estudiar la teología en España o en Japón o en USA. Se seguía en todas partes la misma "*Ratio Studiorum*" e incluso se indicaban los autores que había que seguir y la lengua en que había que dar las clases, el latín. Así mismo desde la Curia General se determinaba para todo el mun-

*Por la consagración religiosa
la persona se entrega a Cristo-Esposo,
ratifica y profundiza
la primera entrega
y pasa a ser
pertenencia de Cristo.*

do las horas de recreo y de silencio, los días de visita de las familias, las veces que había que confesarse, la regla del compañero al salir de casa, la obligación del hábito o la sotana con el pliegue de la faja a la derecha. Para conocer la identidad de un jesuita en un país lejano se le hacía recitar la fórmula de los “tonos” de oratoria que aprendíamos de memoria en todas partes.

Hoy los elementos que forman la identidad se han reducido al núcleo del carisma y la espiritualidad propia y ha caído toda esa hojarasca de menudencias intrascendentes que se convertían en una camisa de fuerza que impedía avanzar y que desdibujaban la fisonomía de cada familia religiosa. Hoy se pone el acento en vivir profundamente los rasgos esenciales de la propia vocación. A ello ha contribuido no poco la renovación postconciliar, la globalización, la necesidad de inculturación, la intercongregacionalidad... y el sentido común.

Hoy todavía hay Institutos que confunden la identidad con la envoltura cultural con que nació, sea porque nunca han salido del propio país o porque tienen una sola misión a la que trasladan tal cual su modo de proceder del lugar de origen sin una verdadera inculturación. En cambio los Institutos que están extendidos en diversas naciones y continentes, tienen mucho menos este peligro. La diversidad de culturas en que se encarna el carisma hace que se despoje de los elementos circunstanciales y la identidad se concentre en el núcleo central, válido para todos los

lugares y tiempos. Es una purificación y un enriquecimiento.

Por tanto, el signo de pertenencia incluye la vivencia del núcleo carismático universal y la traducción de ese carisma a la cultura, lugar y tiempo de las personas que lo han de vivir.

La globalización, el Post-Modernismo y la pertenencia

Por otra parte, en el otro extremo, se da un fenómeno “alarmante”, una especie de apatía o indiferencia hacia “lo nuestro”, lo específico de nuestro carisma o modo de proceder en cuanto diferente del de otros. La globalización y el post-modernismo han borrado para algunos no sólo las adherencias circunstanciales, sino también rasgos esenciales.

Algunas personas que aman apasionadamente a su Congregación sufren mucho cuando ven que no pocos y pocas de sus jóvenes se muestran indiferentes y aun displicentes por lo que no les atañe directamente: una carta que la General escribe a toda la Congregación, no les interesa; un aporte que se pide a todos y todas para revisar la orientación de la Provincia; las obras apostólicas que llevan en otro continente o en otra comunidad; la colaboración con otras Provincias o misiones o en obras internacionales; conocer la historia del Instituto o de la Provincia; leer las cartas del fundador

fundadora, etc. Lo toman como si se tratase de gente desconocida.

Ni todo bueno ni todo malo

La globalización, la intercongregacionalidad, la homogeneización de las culturas, la inculturación, la “Nueva Era”, los medios de comunicación sin fronteras..., al mismo tiempo que han ensanchado horizontes, han ido difuminando la fisonomía y los contornos característicos de cada familia religiosa, de modo que ya no importa mucho la especificidad de cada una.

Consiste en la intensificación de las relaciones sociales universales de modo que lo que sucede en una localidad está afectado por lo que sucede en otras lejanas y viceversa. La globalización no tiene sólo aspectos beneficiosos ni sólo aspectos indeseables.¹ La globalización no puede entenderse sólo a nivel económico; la dimensión más importante es la cultural. Lo que significa es “en muchos lugares a la vez”. Sigue existiendo una dialéctica entre lo global y lo local. La globalización no significa el fin de las diferencias culturales.

Tiene aspectos positivos: Extensión de los medios de comunicación hasta las capas más pobres, nuevas formas de aprendizaje a través de Internet, acceso a medicina exitosa contra males

masivos, tecnología de producción de alimentos, controles internacionales sobre derechos humanos, integración regional, creación de mercados comunes, disminución de nacionalismos estrechos, etc.

También negativos, especialmente en el campo económico; la globalización neoliberal es sobre todo económica: desconfía de la democracia, rechaza la idea del bien común, no cree en la justicia social, absolutiza el mercado libre. Para los ricos hay globalización de los privilegios, que trae como consecuencia el crecimiento de la pobreza; y para los pobres es local “Las riquezas son globales, la miseria es local” (Bauman).

Aplicándolo a la Vida Religiosa, la globalización expresa el movimiento por extenderse más allá de las propias fronteras, hasta los confines de la tierra². Los polos de acción son global-local.

Un grupo religioso nacido en Francia o Italia o Canadá tiene una fuerza expansiva que salta las fronteras y se extiende a otros países. En general, un Instituto que tiene mayor número de miembros está presente en mayor número de naciones. Hay congregaciones que están sólo en tres o cuatro países, y otras más numerosas que están en 50 ó 70 naciones. Lo positivo que ha traído la globalización es la facilidad de comunicación desde la casa generalicia

¹ Cf. LARRAÍN, Jorge *Testimonio*, n. 191, pp. 15-21

² Cf. LIBANIO, *Testimonio*, n. 191, p. 48

al resto de Provincias religiosas y también de los miembros de los diversos lugares entre sí.

Esto hace que puedan enfrentarse los problemas apostólicos globales con la contribución del personal de las diversas Provincias, por ejemplo, en respuesta a las nuevas pobreza, a las migraciones, a la salud y educación en las regiones más pobres, el sostenimiento de obras internacionales o interprovinciales, equipos regionales, etc. Estas obras ayudan mucho a tomar conciencia de la pertenencia global al Instituto, al mismo tiempo que a la encarnación en el lugar.

La intercongregacionalidad, tal vez es el efecto más positivo que se ha dado después del Concilio y que ha sacado a muchos Institutos de su encastillamiento abriéndolos a la universalidad de la vida consagrada. Han surgido las Conferencias nacionales de Religiosos y Religiosas y la CLAR que aglutina a los 150.000 Religiosos y Religiosas de todos los Institutos y de todos los países del Continente. Los Centros de formación intercongregacional son de especial utilidad para las Congregaciones pequeñas que no tienen tanto personal preparado para la formación, pero también para las más numerosas porque les ha hecho salir de su autosuficiencia y de su aislamiento. La intercongregacionalidad ha enriquecido mucho a todos los Institutos y no ha perjudicado a la identidad y pertenencia a cada uno de ellos.

Con todo, es notable el ausentismo de los varones a las reuniones y cursos organizados por las Conferencias. Algunos hablan de la “parroquialización”, lo mismo que de un activismo desbordante y de una organización de obras empresariales, que muestran cierto individualismo y autosuficiencia³. Como siempre, también aquí por justicia hay que resaltar que no faltan pequeños grupos de varones que dan dinamismo y seguridad a las Conferencias nacionales y que están al frente de obras e instituciones a favor de la Vida Religiosa.

También hay mayor cercanía con los Religiosos, Religiosas, sacerdotes y laicos del propio país con los que se trabaja en la misma obra apostólica o en el mismo barrio. El entorno social, económico, religioso contribuye no poco a la homogeneización de las inquietudes, los métodos y actividades.

*Los Centros de formación
intercongregacional son de especial
utilidad para las Congregaciones
pequeñas que no tienen
tanto personal preparado
para la formación, pero también
para las más numerosas
porque les ha hecho salir
de su autosuficiencia
y de su aislamiento.*

³ Cf. CODINA, Víctor, *Testimonio*, n. 202, pp. 30-36

Efectos de la globalización y el post-modernismo

1. En el campo individual y social, el joven “descafeinado”

El resultado del ambiente que se vive en la sociedad y especialmente el de la “cultura juvenil” es el individualismo del “hombre light” que no deja de influir también entre la juventud de la vida consagrada. En la sociedad es el joven que tiene como aspiración máxima disfrutar de la vida a como dé, vivir la ley del menor esfuerzo hasta el extremo.

En la Vida Religiosa también se dan vestigios de ese hombre “descafeinado y chato” que exige respeto para su individualismo y flojera y que es incapaz de comprometer su vida con unos votos perpetuos y con un servicio incondicional, que rechaza todo sacrificio, abnegación, esfuerzo personal, compromiso definitivo.

Por supuesto, que esto no se puede afirmar de todos los/las jóvenes Religiosos, Religiosas porque hay muchos admirables por su disponibilidad y espíritu de servicio, por su sensibilidad hacia los pobres, por su fervor religioso, por su cordialidad y fraternidad, por su cariño a los ancianos, por su entrega generosa al apostolado. Así mismo son muchos los que no se contentan con una vida de oración superficial y buscan una relación con Dios transformante que los conduzca a un alto grado de fe y de amor y a una entrega sin condiciones al servicio del Reino.

Por lo demás, sin negar todas las deficiencias citadas, la misma globalización y el post-modernismo también tienen aspectos positivos que corrigen costumbres y tradiciones minuciosas que se arrastraban de generación en generación sin espíritu crítico y que son causa de sufrimientos inútiles y de crisis vocacionales evitables. Aún hay muchas personas mayores y de media edad que conciben la comunidad como observancia regular y ponen en las casas de formación un régimen de permisos, de horarios inflexibles, de puntualidad y silencio...y se olvidan de formar a las personas en su mundo interior: los criterios, la libertad, la afectividad, las convicciones personales.

Hay jóvenes provenientes de ambientes menos desarrollados o de temperamentos más pasivos a quienes les encanta sujetarse a normas y reglas que les ahorran tener que pensar y tomar decisiones. Pero la mayoría de los que aspiran a la Vida Religiosa, tienen iniciativa, aman la libertad, quieren vivir una fraternidad gozosa, desean desarrollar todas sus capacidades para hacer el bien. Estos sienten como una camisa de fuerza todas esas minuciosidades monjiles o clericales orientadas a la disciplina doméstica. El ambiente democrático en que viven, la internacionalidad, la globalización, la intercongregacionalidad les han abierto horizontes y les han ayudado a distinguir lo esencial de lo secundario, a asumir grandes empresas y enfrentar dificultades. No es buen método de formación hacerles volver a tomar actitudes infantiles.

2. En el campo religioso, la Nueva Era

También tienen repercusiones en el campo religioso. Ciertamente que hay una sed de algo más que lo material, pero se busca un “dios domesticado” que no moleste mucho y un “dios a la carta” que eleve la mente hacia una trascendencia vaporosa, medio poesía y medio ilusión, pero no un Dios-Persona que es Amor y que reclama una entrega incondicional por amor. Dios no es un ser personal, sino un flujo, una estructura de energía, una pirámide psíquica de conciencia interrelacionada. Un dios que no es Dios. No hay pecado, no hay remordimiento, no hay moral exigente, no hay castigo.

En la relación con los demás se busca una convivencia pacífica y gratificante, pero no una solidaridad que exija desprendimiento. En el trato con los demás se busca el propio placer y bienestar. Es un “altruismo individualista”.

La Nueva Era también ha traído cosas buenas: un sentido de fraternidad universal, de paz y armonía, la toma de conciencia y el compromiso de hacer un mundo mejor. Así mismo, un sentido de tolerancia y respeto por los que tienen otras ideologías o profesan otras creencias, mayor personalización de la moral, valoración de ciertas dimensiones de la persona que a veces se habían olvidado en ciertos sectores

de la Iglesia: la intuición, el sentimiento, el placer legítimo, la gratuidad, la fiesta, el gozar de las cosas sencillas de la vida.

Todo esto repercute en el estilo de religiosidad que más atrae hoy a la gente: las reuniones fraternas donde hay mucha cordialidad, acogida y cercanía humana. Esto explica en parte el número de católicos que se pasan a confesiones o sectas donde encuentran mayor calidez y amistad, ciertamente más fácil en grupos minoritarios que en iglesias con mucha gente desconocida o en que se cuida más la fidelidad a las normas litúrgicas que a la acogida fraterna. Los jóvenes también prefieren cantos y oraciones movidas y novedosas que tocan la emotividad, en vez de una relación con Dios de contemplación solitaria que dé solidez y hondura a la vida espiritual.

3. En la dimensión cultural, la inculturación

Está en el otro extremo de la globalización. La inculturación del Evangelio y del evangelizador supone la encarnación en cada cultura para compartir la vida con el evangelizado⁴. Y en la Vida Religiosa la inculturación exige traducir el carisma del lugar donde se originó el Instituto a la cultura y al país donde lo tienen que vivir.

En los últimos decenios se ha acentuado mucho la necesidad de la encar-

⁴ Cf. *Santo Domingo* 230

nación del mensaje evangélico y del carisma religioso, tal vez en contraposición a la necesidad de la universalidad o globalización indiscriminada. El Religioso, la Religiosa evangelizadora ya no puede presentarse como quien conoce y posee la verdad y viene a imponerla a los ignorantes y pecadores. Es más bien un hermano, hermana en actitud de humildad y diálogo a sus hermanos, que reconoce las semillas del Verbo presentes en la cultura (SD 245) y procura completarlas y darles profundidad desde el Evangelio al anunciar que Dios es nuestro Padre y que todos somos hermanos y hermanas. Esto es reconocer que antes de que llegasen los misioneros a América, ya había llegado el Espíritu Santo, pero también que el Evangelio tiene mucho que aportar a las culturas.

Así mismo, el Religioso o la Religiosa han de conocer y amar la cultura en la que está inserto al mismo tiempo que ha de conocer en profundidad y vivir el carisma del Instituto⁵. El carisma, pues, ha de encarnarse en cada lugar. Esta labor es delicada y supone amor a la cultura y amor al Evangelio y al propio carisma. Por eso quienes mejor pueden realizar esta labor son los nativos y las nativas o los que se han compenetrado con la cultura y han asimilado profundamente y vivencialmente el carisma.

La inculturación, pues, tiene que complementar a la globalización, tiene que conservar y acentuar las características propias de la cultura para dar autenticidad y profundidad a la vivencia del carisma sin perder la apertura a la universalidad. Y la globalización ha de aportar las riquezas de lo común sin destruir ni apagar la vivencia de lo particular.

Pertenencia y tradición

Todo lo dicho hasta aquí puede expresarse también con las palabras pertenencia y tradición. La Tradición contiene los elementos más esenciales y dinámicos de la vocación y se va transmitiendo de generación en generación como el tesoro más preciado de la familia religiosa. La Tradición de un Instituto recoge en una unidad orgánica las palabras, los gestos, los comportamientos espirituales de sus miembros, las orientaciones doctrinales y apostólicas del Fundador o Fundadora, de los Superiores, de la Iglesia. La Tradición se expresa sobre todo en la vida, en las Constituciones y especialmente en la descripción del propio Carisma y del fin del Instituto.

⁵ Cf. *Vida Consecrata* 79, 80